

Julio Gálvez Desclasifica la Vida en Chile de los Hermanos Machado y el Rol que Jugó Neruda

Por David Hevia

La diáspora resultante de la Guerra Civil trajo a los hermanos de Antonio Machado a Chile, a bordo del Formosa.

Sí. Los hermanos Machado, Joaquín y José Machado, vinieron en el Formosa junto a varios emigrados. En el Formosa llegaron también el escultor Claudio Tarragó, el arquitecto Germán Rodríguez Arias y muchos más: aproximadamente, medio centenar de intelectuales. Los hermanos Machado llegaron a Santiago y se instalaron cerca del Parque Forestal, y hay un libro muy bello de José Machado, donde rememora esa estadía en Chile y narra la etapa final del vate ya fallecido, cuya imagen creyó ver deambulando por el parque un día.

Últimas Soledades del Poeta Antonio Machado.

Ese libro, exactamente. Y luego, por algún motivo ese departamento frente al Parque Forestal tuvieron que dejarlo y alguien les consiguió una casa que estaba en Matucana. Los hermanos Machado, como varios personajes que llegaron exiliados de España después de la Guerra Civil, tenían una muy precaria condición económica. Ellos ya eran mayores, no tenían la posibilidad de ganarse la vida como los más jóvenes. Tuvieron que recurrir un poco al auxilio de algunas personas y ahí se portaron muy bien con ellos, entre otros, el embajador, que fue el último representante de la República en Chile, Rodrigo Soriano. Se hicieron también muy amigos de Arturo Serrano Plaja, poeta español igualmente afincado en Chile, y quien trabajaba en el Ministerio de Obras Públicas en ese tiempo. Y trabaron amistad con el pintor Arturo Lorenzo. Estos personajes auxiliaban de alguna manera económicamente a los hermanos Machado, que solo muy esporádicamente conseguían empleo. Joaquín Machado era periodista, hacía algunos artículos para las revistas de la época española en Chile...

Y algunas columnas de opinión.

Claro, algunas columnas, algunos reportajes. José Machado era pintor, hacía clases de pintura y vendía de alguna manera sus cuadros, pero eso no les daba para mantenerse. Un mal día se incendió esa casa de Matucana. Entre otros, se quemaron manuscritos de Antonio Machado, los cuadros de José Machado, muchas cosas valiosas, y quedaron en la calle. Y ahí, a través de Serrano Plaja y Arturo Lorenzo, apareció una mano protectora que era un pintor chileno de nombre Eduardo Carrasco Délano. Él les dijo: "Mi suegra tiene una casa en Peñaflores que no ocupa, por qué no se van a vivir ahí". Y los hermanos Machado, con sus esposas, fueron a vivir a Peñaflores y pasaron gran parte de su exilio en esa casa de Peñaflores.

Lejos del centro de debate intelectual de la capital...

Y en ese tiempo desplazarse allá tomaba muchísimo tiempo. Era como la casa de vacaciones de la suegra de Délano. Crónicas y entrevistas de la época dicen que fue el tiempo más feliz de los hermanos Machado en Chile.

En el caso de José, en particular, él además había sido en vida de Antonio Machado su secretario personal, por lo tanto ahí él es también, de algún modo, heredero de esa tradición literaria, más allá de su condición de pintor. De qué manera se expresa el legado de Antonio Machado en la vida de estos hermanos en Chile?

Tenían algún problema que seguro que les marcó, y era esta dualidad en la familia en lo que representaba Antonio Machado y lo que también representaba Manuel Machado, que era el caso contrario. Manuel se alineó con el franquismo, trabajó con el franquismo, fue un artista de los pocos que tenía el franquismo para presentar al público...

... Factor de división.

Entonces había ahí un encuentro bastante serio, y yo creo que eso afectó de alguna manera la vida de los hermanos Machado también, dentro de esa élite intelectual que podía juntarse en Santiago, como los que se reunían en el Café Miraflores, o los que hacían sus tertulias.

La venida de los hermanos Machado a Chile parece ser la última gran jugada de Pablo Neruda en esa estrategia que permitió durante tanto tiempo traer a los perseguidos de España...

Sí. Hay una entrevista muy interesante a Neruda que está publicada en el diario Trabajo, aquí en Santiago, de noviembre del año '39, cuando ya había salido el Winnipeg hacia Chile. En el mes de noviembre le llega un cable a Neruda donde ya le anuncian que él va a ser cónsul en México, y entonces debe dar término a su misión como cónsul especial para la inmigración. En esa entrevista dice Neruda que las últimas visas que él firma son las de los hermanos Machado, que estaban en París, abandonados por todos, subraya. En esa entrevista Neruda dice una cosa muy interesante que muchas veces pasa inadvertida para los estudiosos del poeta: "éstas son mis últimas firmas de inmigrantes a Chile, pero no creo que la inmigración española a Chile con esto termine, porque, de la misma manera que los americanos emigran a España, es algo cíclico, y que tiene que ver con la historia y es recíproca".

Integran el Directorio Nacional de la Sech: Roberto Rivera (presidente), Carmen Berenguer (vicepresidenta), Guillermo Martínez, David Hevia, Alfredo Lavergne, César Millahueique, Isabel Gómez, Juan Pablo del Río, María de la Luz Ortega, Leandro Urbina y Naín Nómez.

A la izquierda en la imagen, Antonio Machado. Junto a él, su hermano José, la esposa de éste, Matea, y sus tres hijas: Eulalia, Carmen y Mari, en 1936.



POÉTICA

La Dorada Muñeca del Imperio

1

Es el esplendor.
Hay una oscura orfebrería radiante
elaborando una tela solar.
Para su cuerpo para su piel
bordado en pedrería de seda y
chifón.

La mujer es alta, dorada y fuerte.
Sus largas manos elevan
lentos cantos abisales.
Para los círculos
del Mundo y por su imperio.

Es la estela matutina la que alumbró
su alto entramado corporal y su modo
magnífico de ser
esculpida y ser vibrante.

2

Es el sistema solar.
Hay antiguas catedrales viejas cúpulas
ardiendo en el tiempo
como el oro.

Tengo un recuerdo de la Habana Vieja:
son sombras doradas en los adoquines
y puertos eternamente abiertos
como si esperaran a un Dios.

Pero me distraigo:
esta mujer es ventrílocua y hermosa.

Oh, quisiera también hablar de amor.

3

La mujer es alta, dorada y fuerte.
Su desnudez parece recamada y brilla, pero
es tan suave como una amatista.
Sin embargo,
está viva y la veo.
Recostada en los espejos, devana su
paciencia peinando su rubia cabellera
y esperando el turno
para salir al escenario y pasear
la tela imperial.

4

Nantes, Florencia, Atlanta y Singapur.
Son las flores de Adimanto:
la ciudadanía ejemplar.
Se pueden pesquisar aún los rasgados telares
de otra allende ciudad antigua
anteayer contemporánea:
Indiga mesopotamia
Y sus valles estelares.
Mi mirada se agiganta.
Dios, son altos lirios y llameantes
pozos circulares
rigiendo los tiempos como imperios.

5

La mujer se coloca una media.
Ella acerca sus dos brazos a su pie.
Su pelo rubio cae
cae hacia delante.
Pero ella en gesto colosal
Lo ordena tras su oreja.

Torsión de su torso hacia atrás

Sus dos ávidos pequeños pezones
un instante bailan
a pleno sol.

Muñeca dorada.

6

Coronas para mi amada,
coronas azules para su cabellera dorada
vasos frágiles y fuertes para sus largas manos
telas tenues y misteriosas para la seda de sus dedos
versos puros y perfectos para su boca
y películas de arroz, escapularios ardientes
roncas caracolas y locas
piedras marinas para su lujo
dorado, historias de barcos
en infinito peregrinaje
y telas y telas
en telas imperiales.

7

La mujer sorprende mi mirada.
A través del espejo observo como espía
mis dos pupilas inmóviles.
Quieta, continúa su lento maquillaje,
pero ahora sé
que cuando ella gire el cuerpo hacia mí
habrá terminado la larga fiesta,
esta vieja ansiedad de parecerme,
mi profundo deseo de tenerla:

La mujer ha salido al escenario.
Es suya la palabra.

Marina Arrate

**En el Funeral de Carlos Berger:
Asesinado, Desaparecido, Aparecido**

Cementerio General, Santiago de Chile

Volver a leer los nombres que antes fueron ficha, listas, letras rellenas sobre tanto papel y que ahora son muescas en la piedra, vacías como los nichos que esperan su improbable encuentro con la uña, el huesito, el trozo de cabello. Y de golpe, volver a comulgar en la mística de las manifestaciones, gritar las consignas del 70, una última (y vana) ocasión de entonar la Internacional como pude, mitad en francés, mitad en español no ya por convicción sino por (culposo) sentimentalismo. Comprobar cuanto más amables que los nichos son las tumbas (tomen nota) que descubro al paso, como la del joven gay Zamudio, víctima, o la de la Violeta, suicida en el París de mis veinte años. Ponerle rosas rojas a la Parca (para tenerla a raya) o más bien a esa suerte de nueva vida que trae el fragmento de muerte salvado de la nada.

La tierra o la marea arrojen otras resurrecciones.

Desaparezcan, calcinados por las llamas del infierno, los matarifes, los descuartizadores.

Valparaíso, Viernes Santo, 18-IV-2014

Del libro Sobresalto al Vacío, Mago Editores, Santiago, 2015

Alimapu

A Valparaíso, tierra quemada

El pájaro,
el pájaro
de fuego, el fuego
del hogar, la casa
tomada (lo que el viento)
tanta metáfora,
Alimapu,
Quintil o Valle
Paraíso:
requeteperdidos
los pasos
las palabras,
demasiado viva
la mala memoria: todo
lo que se diga es
mera
muerta
muérdaga
literatura
pero ahí
el pájaro,
el ojote
en el poste,
la chispa en el pájaro
en la tierra
quemada:
Alimapu
costra de añeja
sangre
changa
fijodalga
(fijodenada
fijeputa)
cuna
criadero
cárcava
de protocadáveres
exquisitos
(eucaliptus, pino
americano),
bosque no milenario:
mercenario,
bosque no cortafuego:
botafuego
por la boca
de la quebrada
a bocanadas:
negras
nadas

¿Dónde quedó tu fuego
del hogar, Toño? (el
benigno): de tanto
ningunearlo
lo hemos matado
y ahora nos remata.
¿Qué fue del fuego del
espíritu, Dios?
(el manso

que ilumina
el entendimiento): pues
aquí en el enésimo
círculo infernal
arde la materia
en toda su
carnalidad
químicamente
pura
y tóxica
(no
responde).

Yo vine a ti Alimapu
extraña en duelo,
extraña en celo,
prófuga de
abordajes y
masacres
del alma,
por ti fui
terremoteada
en casa
y útero (que viene a ser
lo mismo).
Y volví Alimapu
a tu rada
en son de paz
con sed de mar
y amor
pero ay
(hay)
poniente,
pavesas...

Entonces (: Pablo)
por sus destartaladas
escalas
he montado
(pelotón tercera edad,
studentisch)
a la cúpula
de humo,
desde la perspectiva
de la hormiga,
he visto
con mis pies
y han pisado mis ojos
el gran ojo abierto
del fuego
en su flanco,
he incorporado
su veneno plástico
su chatarra achicharrada
(bañeras
medidores
coches de muñeca, de
guagua),
su hedor invisible
a moléculas
de vida (y estampida)
estampadas
en papel plata.

El pájaro, la mala
memoria,
Alimapu,
pero cual fénix
una vez más
renacerás
para eternamente
arder.

El fuego tu fatalidad:
tú la mía.

Valparaíso, abril de 2014

María Elena Blanco

NARRATIVA

La Calle

Roberto Gacitúa, pese a sentirse ansioso, terminó pausadamente su café, puso cerrojo a la puerta de su casa, y salió en dirección al tren subterráneo. Durante la

noche estuvo memorizando las palabras del profesor de la cátedra de fotografía y no tenía duda alguna sobre la importancia del testimonio fotográfico. Sabía que éste era un medio adecuado para dar a conocer los grandes sucesos del mundo.

Aún no eran las 07:00 horas cuando Roberto salió de la estación del metro Estación Central. Ya en Alameda, aspiró hondo el aire de esa mañana. Apretó con su brazo la cámara Nikon D610 que llevaba colgada al cuello y partió rumbo a la calle Hernán Yungue. En el trayecto no dejaba de pensar en que el tiempo de aquella mañana del 2 de julio debió haber sido muy similar al de este día, frío y gris. Y que, además, era casi la misma hora en que sucedieron los fatídicos hechos. Al llegar, una rápida mirada le confirmó las imágenes que siempre había tenido de dicho lugar: Una calle larga, de aspecto lúgubre, de paredes altas, descoloridas, en cuyo ambiente flotaba un sentimiento de muerte, anclado para siempre.

El futuro fotógrafo empezó a caminar lentamente y no dejaba de hacer fotos de la calle. Cuando llegó frente al número 3915 comenzó su relato fotográfico. El obturador no se detuvo nunca; Roberto hizo un barrido y congelado fotográfico. Con su lente cree recoger una y otra vez la imagen de dos jóvenes. La muchacha, de pie, de cara a la pared, con las manos en alto y el combustible chorreando su cuerpo desde la cabeza a los pies. El joven, tendido en el pavimento, boca abajo, la bencina cayéndole en su espalda. Las imágenes se suceden con un ritmo vertiginoso. De pronto, dos piras humanas. La joven corriendo hacia Avenida General Velásquez. El joven, tratando de incorporarse. Los dos son cubiertos por frazadas para sofocar las llamas. Después, subidos a un camión, y con sus cuerpos humeantes, abandonan la calle, mudo testigo de lo ocurrido.

Nadie creyó en la versión oficial. Roberto, a pesar de los años que han transcurrido, ha querido desentrañar la verdad a través de su lente. Ahora se apresta a rendir examen. Su propósito es que quienes vean las fotografías de esa calle puedan escuchar, como él, los gritos desgarradores.

Miguel González

